

anatematizados. Jamás se vió tan prolongada, tan constante, tan tenaz lucha del derecho contra el hecho; jamás como entonces se vió por espacio de largos siglos á la ley colocada cara á cara contra las pasiones desencadenadas; y mantenerse allí firme, inmóvil, sin dar un paso atrás, sin permitirles tregua ni descanso hasta haberlas sojuzgado.

Y no fué inútil esa constancia, esa santa tenacidad: y así es que á principios del siglo XVI, es decir, á la época del nacimiento del Protestantismo, vemos que los abusos eran incomparablemente menores, que las costumbres se habían mejorado mucho, que la disciplina había adquirido vigor, y que se la observaba con bastante regularidad. El tiempo de las declamaciones de Lutero no era el tiempo calamitoso llorado por S. Pedro Damian y por S. Bernardo: el caos se había desembrollado mucho; la luz, el orden y la regularidad, se iban difundiendo rápidamente; y por prueba incontestable de que no yacía en tanta ignorancia y corrupcion como se quería ponderar, podía la Iglesia ofrecer una esquisita muestra de hombres tan distinguidos en santidad como brillaron en aquel mismo siglo, y tan eminentes en sabiduría como resplandecieron en el Concilio de Trento. Es menester no olvidar la situacion en que se había encontrado la Iglesia; es necesario no perder de vista que las grandes reformas exigen largo tiempo; que estas reformas encontraban resistencia en los eclesiásticos y en los seglares; y que por haberlas querido emprender con firmeza y constancia Gregorio VII, se ha llegado á tacharle de temerario. No juzguemos á los hombres fuera de su lugar y tiempo; no pretendamos que todo se ajuste á los mezquinos tipos que nos forjamos en nuestra imaginacion: los siglos ruedan en una órbita inmensa, y la variedad de circunstancias produce situaciones tan estrañas y complicadas, que apenas alcanzamos á concebirlas.

Bossuet en su *Historia de las variaciones*, despues de haber hecho una clasificacion del diferente espíritu que guiaba á los hombres que habían intentado una reforma antes del siglo XVI, y despues de citar las amenazadoras palabras del cardenal Julian, dice: "Así es, como en el siglo XV, ese cardenal, el hombre más grande de su tiempo, deploraba los males previendo sus funestas consecuencias; de manera que parece haber pronosticado los que Lutero iba á causar á toda la cristiandad, empezando

por la Alemania: y no se engañó al creer que el *no haber cuidado de la reforma*, y el aumento del odio contra el clero, iba á producir una secta más temible para la Iglesia, que la de los bohemios." De estas palabras se infiere que el ilustre obispo de Meaux encontraba una de las principales causas del Protestantismo, en no haberse hecho á tiempo la reforma legítima. No se crea por esto que Bossuet escuse en lo más mínimo á los corifeos del Protestantismo, ni que trate de poner en salvo las intenciones de los novadores; antes al contrario, los coloca en la clase de los reformadores turbulentos, que lejos de favorecer la verdadera reforma deseada por los hombres sábios y prudentes, solo servían para hacerla más difícil, introduciendo con sus malas doctrinas el espíritu de desobediencia, de cisma y de heregía.

A pesar de la autoridad de Bossuet, no puedo inclinarme á dar tanta importancia á los abusos, que los mire como una de las principales causas del Protestantismo; y no es necesario repetir lo que en apoyo de mi opinion he dicho antes. Pero no será fuera del caso advertir que mal pueden apoyarse en la autoridad de Bossuet los que intenten sincerar las intenciones de los primeros reformadores; pues que el ilustre prelado es el primero en suponerlos altamente culpables, y en reconocer que si bien existían los abusos, nunca tuvieron los novadores la intencion de corregirlos, antes sí de valerse de este pretexto para apartarse de la fé de la Iglesia, sustraerse al yugo de la legítima autoridad, quebrantar todos los lazos de la disciplina, é introducir de esta suerte el desórden y la licencia.

Y á la verdad ¿cómo sería posible atribuir á los primeros reformadores el espíritu de una verdadera reforma, cuando casi todos cuidaron de desmentirlo con su vergonzosa conducta? Si al menos se hubieran entregado á un riguroso ascetismo, si con la austeridad de sus costumbres hubiesen condenado la relajacion de que se lamentaban, entonces podríamos sospechar si sus mismos estravíos fueron efecto de un celo exagerado, si fueron arrebatados al mal por un exceso de amor al bien; pero ¿sucedíó algo de semejante? Oigamos lo que dice sobre el particular un testigo de vista, un hombre que por cierto no puede ser tildado de fanático, un hombre que guardó con los primeros corifeos del Protestantismo tantas consideraciones y miramientos, que no pocos los han calificado de culpables: es Erasmo, que hablando con su

acostumbrada gracia y malignidad, dice así: "Segun parece, la reforma viene á parar á la secularizacion de algunos frailes, y al casamiento de algunos sacerdotes: y esa gran tragedia se termina al fin por un suceso muy cómico, pues que todo se desenlaza, como en las comedias, por un casamiento."

Esto manifiesta hasta la evidencia, cual era el verdadero espíritu de los novadores del siglo XVI, y que lejos de intentar la enmienda de los abusos, se proponian mas bien agravarlos. En esta parte, la simple consideracion de los hechos ha guiado á Mr. Guizot por el camino de la verdad, cuando no admite la opinion de aquellos que pretenden que "la reforma habia sido una tentativa concebida y ejecutada con el solo designio de reconstituir una iglesia pura, la iglesia primitiva; ni una simple mira de mejora religiosa, ni el fruto de una utopia de humanidad y de verdad." (*Historia general de la civilizacion europea. Leccion 12*).

Tampoco será difícil ahora el apreciar en su justo valor el mérito de la esplicacion que ha dado de este fenómeno el escritor que acabo de citar. "La reforma, dice Mr. Guizot, fué un esfuerzo extraordinario en nombre de la libertad, una insurreccion de la inteligencia humana."

Este esfuerzo nació, segun el mismo autor, de la *vivisima actividad* que desplegaba el espíritu humano, y del estado de *inercia* en que habia caido la Iglesia Romana: de que á la sazón caminaba el espíritu humano con fuerte é impetuoso movimiento, y la Iglesia se hallaba *estacionaria*. Esta es una de aquellas esplicaciones que son muy á propósito para grangearse admiradores y prosélitos; porque colocados los pensamientos en terreno tan general y elevado, no pueden ser examinados de cerca por la mayor parte de los lectores; y presentados con el velo de una imágen brillante, deslumbran los ojos, y preocupan el juicio.

Como lo que coarta la libertad de pensar, tal como la entienden aquí Mr. Guizot, y como la entienden los protestantes, es la *autoridad* en materias de fé, infiérese que el levantamiento de la inteligencia debió de ser seguramente contra esa *autoridad*: es decir, que aconteció la sublevacion del entendimiento, porque él marchaba, y la Iglesia no se movia de sus dogmas, ó por valermé de la espresion de Guizot: "la Iglesia se hallaba *estacionaria*."

Sea cual fuere la disposicion de ánimo de Mr. Guizot con res-

pecto á los dogmas de la Iglesia católica, al menos como filósofo, debió advertir que andaba muy desacertado en sañalar como particular de una época, lo que para la Iglesia era un carácter de que ella se habia gloriado en todos tiempos. En efecto: van ya mas de 18 siglos que á la Iglesia se la puede llamar *estacionaria* en sus dogmas; y esta es una prueba inequívoca de que ella sola está en posesion de la verdad: porque la verdad es *invariable* por ser *una*.

Si pues el levantamiento de la inteligencia se hizo por esta causa, nada tuvo la Iglesia en aquel siglo que no lo tuviera en todos los anteriores, y no lo haya conservado en los siguientes: nada hubo de particular, nada de característico, nada por consiguiente se ha adelantado en la esplicacion de las causas del fenómeno; y si por esta razon, la compara Mr. Guizot á los gobiernos *viejos*, esta es una *vejez* que la tuvo la Iglesia desde su cuna. Como si Mr. Guizot hubiese sentido él propio la flaqueza de sus racionios, presenta los pensamientos en grupo, en tropel; hace desfilar á los ojos del lector diferentes órdenes de ideas, sin cuidar de clasificaciones ni deslindes, para que la variedad distraiga y la mezcla confunda. En efecto: á juzgar por el contesto de su discurso, no parece que entienda aplicar á la Iglesia los epítetos de *inerte*, ni *estacionaria* con respecto á los dogmas, sino que mas bien se deja conjeturar que trata de referirlo á pretensiones bajo el aspecto político y económico: pues por lo que toca á la *tiranía é intolerancia* que han achacado algunos á la corte de Roma, lo rechaza Mr. Guizot como una calumnia.

Supuesto que en esta parte presenta una incoherencia de ideas que parece no debiamos esperar de su claro entendimiento, incoherencia que á muchos se les haria recio de creer, me es indispensable copiar literalmente sus propias palabras, y en ellas aprenderemos que nada hay mas incoherente que los grandes talentos, una vez colocados en una posicion falsa.

"Habia caido la Iglesia, dice Mr. Guizot, en un estado de inercia; se hallaba estacionaria: el crédito político de la corte de Roma se habia disminuido mucho: la direccion de la sociedad europea ya no le pertenecia, puesto que habia pasado al gobierno civil. Con todo, tenia el poder espiritual las mismas pretensiones que antes, conservaba aun toda su pompa, toda su importancia exterior: sucedíale lo que ha acontecido mas de una vez á

los gobiernos viejos, y que han perdido su influencia: se dirigian de continuo quejas contra ella, y la mayor parte eran fundadas." ¿Cómo es posible que Mr. Guizot no advirtiese que nada señalaba aquí que tuviese relacion con la libertad del pensamiento, nada que no fuera de un orden muy diferente? El haberse disminuido el influjo político de la corte de Roma, y el conservar aun ella sus pretensiones; el no pertenecerle ya la direccion de la sociedad europea, y el conservar ella su pompa é importancia exterior, ¿significa acaso otra cosa que las rivalidades que pudieron existir con respecto á asuntos políticos? ¿Y cómo pudo olvidar Mr. Guizot que poco antes habia dicho que el señalar como causa del Protestantismo la *rivalidad de los soberanos con el poder eclesiástico*, no le parecia *fundado*, ni muy *filosófico*, ni en correspondiente *proporcion con la estension é importancia de este suceso?*

Si algunos creyesen que aun cuando todo esto no tuviera relacion directa con la libertad del pensamiento, no obstante se provocó la sublevacion intelectual con la intolerancia que manifestaba á la sazón la corte de Roma: "No es verdad (les responderá Mr. Guizot) que en el siglo XVI la corte de Roma fuese muy tiránica: no es verdad que los abusos propiamente dichos, fuesen entonces mas numerosos y mas graves de lo que hasta aquella época habian sido. *Al contrario, nunca quizás el gobierno eclesiástico se habia mostrado mas condescendiente y tolerante*, mas dispuesto á dejar marchar todas las cosas, mientras no se cuestionase sobre su poder, mientras se le reconociesen, aun dejándolos sin ejercicio, los derechos que tenia, mientras se le asegurase la misma existencia, se le pagasen los mismos tributos. De este modo, el gobierno eclesiástico hubiera dejado tranquilo al espíritu humano, si el espíritu humano hubiese querido hacer otro tanto con respecto á él." Es decir que no parece sino que Mr. Guizot, se olvidó completamente de que asentaba todos esos antecedentes para manifestar que la reforma protestante habia sido un *grande esfuerzo en nombre de la libertad, un levantamiento de la inteligencia humana*: pues que nada nos alega, nada recuerda que se opusiese á esta libertad; y aun si algo pudiera provocar el *levantamiento*, como habria sido la *intolerancia, la crueldad*, el no dejar tranquilo al espíritu humano, ya nos ha dicho Mr. Guizot que el gobierno eclesiástico en el si-

glo XVI, no era tiránico, antes bien era *condescendiente, tolerante*, y que de su parte hubiera *dejado tranquilo al espíritu humano*.

A la vista de tales datos, es evidente que el *esfuerzo extraordinario en nombre de la libertad de pensar*, es en boca de Mr. Guizot, una palabra vaga, indefinible; y al proferirla, parece que se propuso cubrir con brillante velo la cuna del Protestantismo, aun á espensas de la consecuencia en sus propias opiniones. Desechó las rivalidades políticas, y apela luego á ellas; no da importancia á la influencia de los abusos, no los juzga por verdadera causa, y se olvida que en la leccion antecedente habia asentado, que si se hubiera hecho á tiempo una reforma legal *tan oportuna y necesaria*, tal vez se hubiera evitado la revolucion religiosa; traza un cuadro en que se propone presentar puntos de contraste con esta libertad, quiere alzarse á consideraciones generales, elevadas, que abarquen la posicion y las relaciones de la inteligencia, y se detiene en *la pompa y aparato exterior*: recuerda las *rivalidades políticas*, y abatiendo su vuelo, hasta descendiendo al terreno de los *tributos*.

Esa incoherencia de ideas, esa debilidad de raciocinio, ese olvido de los propios asertos, solo podrá parecer extraño á quien esté mas acostumbrado á admirar el vuelo de los grandes talentos que á estudiar la historia de sus aberraciones. Cabalmente Mr. Guizot se hallaba en tal posicion, que es muy difícil no equivocarse y deslumbrarse: porque si es verdad que el caminar rastaramente sobre los hechos individuales trae el inconveniente de circunscribir la vista, y de conducir al observador á la coleccion de una série de hechos aislados mas bien que á la formacion de un cuerpo de ciencia, tambien es cierto que divagando el espíritu por un inmenso espacio donde haya de abarcar muchos y muy variados hechos en todos sus aspectos y relaciones, corre peligro de alucinarse á cada paso; tambien es cierto que la demasiada generalidad suele rayar en hipotética y fantástica; que no pocas veces alzándose con inmoderado vuelo el entendimiento para descubrir mejor el conjunto de los objetos, llega á no verlos como son en sí, quizás hasta los pierde enteramente de vista; y por eso es menester que los mas elevados observadores recuerden con frecuencia el dicho de Bacon: "*no alas, sino plomo*."

Mr. Guizot, tenia demasiada imparcialidad para que pudiese menos de confesar la exageracion con que habian sido abultados

los abusos; además, tenía mucha filosofía para desconocer que no eran causa suficiente para producir un efecto tamaño; y hasta el sentimiento de su propia dignidad y decoro, no le permitió mezclarse con esa turba bulliciosa y descomedida, que clama sin cesar contra la crueldad y la intolerancia; y así es que en esta parte, hizo un esfuerzo para hacer justicia á la Iglesia Romana. Pero desgraciadamente sus prevenciones contra la Iglesia, no le permitieron ver las cosas como son en sí: columbró que el origen del Protestantismo debía buscarse en el mismo espíritu humano; pero conocedor del siglo en que vive, y sobre todo, de la época en que hablaba, presintió que para ser bien acogidos sus discursos, era menester lisonjear al auditorio apellidando *libertad*; templó con algunas palabras suaves la amargura de los cargos contra la Iglesia, mas procurando luego que todo lo bello, todo lo grande y generoso, estuviera de parte del pensamiento engendrador de la reforma, y que recayesen sobre la Iglesia todas las sombras que habian de oscurecer el cuadro.

A no ser así hubiera visto sin duda que si bien la principal causa del Protestantismo se halla en el espíritu humano, no era necesario recurrir á parangones injustos; no hubiera caído en la incoherencia que acabamos de ver; hubiera encontrado la raíz del hecho en el propio carácter del espíritu humano, y hubiera explicado su gravedad y trascendencia, con sólo recordar la naturaleza, posición y circunstancias de las sociedades en cuyo centro apareció. Habría notado que no hubo allí un *esfuerzo extraordinario*, sino una *simple repetición de lo acontecido en cada siglo*; un *fenómeno comun*, que tomó un *carácter especial á causa de la particular disposición de la atmósfera que le rodeaba*.

Este modo de considerar el Protestantismo como un hecho comun, agrandado empero y estendido á causa de las circunstancias de la sociedad en que nació, me parece tan filosófico como poco reparado; y así presentaré otra observacion que nos suministrará juntamente razones y ejemplos. Tal es el estado de las sociedades modernas, de tres siglos á esta parte, que todos los hechos que en ellas se verifiquen han de tomar un carácter de generalidad, y por tanto de gravedad, que los ha de distinguir de los mismos hechos, verificados empero en otras épocas en que era diferente el estado de las sociedades. Dando una ojeada á la historia antigua, observaremos que todos los hechos tenían cierto

aislamiento, por el cual ni eran tan provechosos cuando eran buenos, ni tan nocivos cuando eran malos. Cartago, Roma, Lacedemonia, Atenas, y todos esos pueblos antiguos mas ó menos adelantados en la carrera de la civilizacion, siguen cada cual su camino; pero siempre de una manera particular: las ideas, las costumbres, las formas políticas se suceden unas á otras, pero no se descubre esa refluencia de las ideas de un pueblo sobre las ideas de otro pueblo, de las costumbres del uno sobre las costumbres del otro, ese espíritu propagador que tiende á confundirlos á todos en un mismo centro: por manera que, escepto el caso de violenta commixtion, se conoce muy bien que podrian los pueblos antiguos estar largo tiempo muy cercanos, conservando íntegramente cada uno sus propias fisonomías sin experimentar á causa del contacto considerables mudanzas.

Observad empero cuan de otra manera sucede en Europa: una revolucion en un pais afecta todos los otros, una idea salida de una escuela pone en agitacion á los pueblos, y en alarma á los gobiernos; nada hay aislado, todo se generaliza, todo se propaga, tomando con la misma expansion una fuerza terrible. Hé aquí por qué no es posible estudiar la historia de un pueblo, sin que se presenten en la escena todos los pueblos; no es posible estudiar la historia de una ciencia, de un arte, sin que se compliquen desde luego cien relaciones con otros objetos que no son ni científicos ni artísticos; y es porque todos los pueblos se asimilan, todos los objetos se enlazan, todas las relaciones se abarcan y se cruzan; hé aquí por qué no hay un asunto en un pais en que no tomen interes, y aun parte si es posible, todos los demas; y hé aquí por qué, concretándonos á la política, es y será siempre una idea sin aplicaciones la de *no intervencion*; pues no se ha visto jamas que cada cual no procure intervenir en todos los negocios que le interesan.

Estos ejemplos tomados de los órdenes políticos, literarios y artísticos, me parecen muy á propósito para dar á entender mi idea sobre lo que ha sucedido con respecto al orden religioso: y si bien despojan al Protestantismo de ese manto filosófico con que se le ha querido cubrir aun en su cuna; si se le quitan todo derecho á suponerse como un pensamiento que, lleno de prevision y de proyectos grandiosos, encerraba grandes destinos, tampoco rebajan en nada su gravedad y su estension, en nada limi-

tan el hecho, antes sí indican la verdadera causa de que se haya presentado con aspecto tan imponente.

Desde el punto de vista que acabo de señalar, todo se descubre en su verdadero tamaño: los hombres apenas figuran, casi desaparecen; los abusos se ofrecen como son, ocasiones y pretextos; los planes vastos, las ideas altas y generosas, los esfuerzos de independencia, se reducen á suposiciones arbitrarias; el cebo de las depredaciones, la ambicion, las rivalidades de los soberanos, juegan como causas mas ó menos influyentes, pero siempre en un orden secundario: ninguna causa se escluye, solo que se las coloca á todas en su lugar; no se permite la exageracion de su influencia, y señalándose una principal, no deja de mirarse el hecho como de tal naturaleza, que en su nacimiento y desarrollo debieron de obrar un sinnúmero de agentes. Y cuando se llega á una cuestion capital en la materia, cuando se pregunta la causa del odio, de la exasperacion que han manifestado los sectarios contra Roma; cuando se pregunta si esto no revela algunos grandes abusos de su parte, si no hace sospechar su sinrazon, se puede responder tranquilamente: que siempre se ha visto que las olas en la tormenta braman furiosas contra la roca inmóvil que les resiste.

Tan lejos estoy de atribuir á los abusos la influencia que muchos les han asignado con respecto al nacimiento y desarrollo del Protestantismo, que estoy convencido de que por mas reformas legales que se hubieran hecho, por mas condescendiente que se hubiera manifestado la autoridad eclesiástica en acceder á demandas y exigencias de todas clases, hubiera acontecido poco mas ó menos la misma desgracia.

Es necesario haber reparado bien poco en la extrema inconstancia y movilidad del espíritu humano, y haber estudiado muy poco su historia, para desconocer que era esta una de aquellas grandes calamidades, que solo Dios, por providencia especial, es bastante á evitarlas (5).

CAPITULO III.

La proposicion sentada al fin del capítulo anterior me sugiere un corolario, que si no me engaño, ofrece una nueva demostracion de la divinidad de la Iglesia católica.

Se ha observado como cosa muy admirable la duracion de la Iglesia católica por espacio de 18 siglos, y eso á pesar de tantos y tan poderosos adversarios; pero quizá no se ha notado bastante, que atendida la índole del espíritu humano, uno de los grandes prodigios que presenta sin cesar la Iglesia, es la unidad de doctrina en medio de toda clase de enseñanza, y abrigando siempre en su seno un número considerable de sabios.

Llamo muy particularmente sobre este punto la atencion de todos los hombres pensadores; y estoy seguro, de que aun cuando yo no acierte á desenvolver cual merece este pensamiento, encontrarán ellos aquí un gérmen de muy graves reflexiones. Tal vez se acomodará tambien este modo de mirar la Iglesia, al gusto de ciertos lectores, pues prescindiré enteramente de los caracteres que se rocen con la revelacion, y consideraré el Catolicismo, no como religion divina, sino como escuela filosófica.

Nadie que haya saludado la historia de las letras me podrá negar, que en todos tiempos haya tenido la Iglesia en su seno hombres ilustres por su sabiduría. En los primeros siglos, la historia de los padres de la Iglesia, es la historia de los sábios de primer orden, en Europa, en Africa y en Asia; despues de la irrupcion de los bárbaros, el catálogo de los hombres que conservaron algo del antiguo saber, no es mas que un catálogo de eclesiásticos; y por lo que toca á los tiempos modernos, no es dable señalar un solo ramo de los conocimientos humanos, en que no figuren en primera línea, un número considerable de católicos.